

Costos de la migración

La migración compulsiva está aparejada a diversos costos sociales, económicos, políticos y ambientales. En primer término, podemos destacar la desarticulación de las comunidades y localidades, rurales y urbanas. La pérdida constante de población, reflejada en los datos estadísticos que ofrecen los censos y los conteos de población, es apenas una constatación de lo que de manera cotidiana experimentan los pobladores. La migración es una necesidad permanente para buscar medios de subsistencia allende las fronteras. El despoblamiento no sólo significa una pérdida de población, un descenso en la dinámica migratoria que se observa como decrecimiento anual, quinquenal o decenal a causa de la migración, sino que representa la descomposición del modo de vida y trabajo prevaleciente en esas demarcaciones. Es una fractura de las relaciones sociales comunitarias que trastocan las actividades productivas, los procesos de socialización, las prácticas gubernamentales, el diseño institucional, la organización de las familias y las prácticas políticas. Los pueblos pierden organización y consistencia, por lo que se van desdibujando. El despoblamiento también es signo de una pérdida de autonomía espacial y poblacional, pues las comunidades se muestran insolventes o incompetentes para brindar bases materiales y subjetivas de arraigo de su propia población.

En el ámbito más estrecho de las familias, acontecen importantes transformaciones que las llegan a desestabilizar. El desmembramiento familiar por causa de la migración significa la pérdida de sentido y la unidad de propósitos. Entre los miembros de la familia, sobre todo las más vulnerables y dependientes (hijos, ancianos y mujeres) puede florecer un sentimiento de frustración, rechazo y desprecio ante el virtual abandono de alguno o algunos de los miembros de la familia, como puede ser el padre o hermanos. Los roles familiares se modifican, con afectaciones internas que no

siempre son zanjadas. Además, como parte de la cultura ancestral, entre los migrantes prevalece el machismo que, aún desde la distancia, se refleja en la imposición autoritaria por parte del varón jefe de familia sobre las decisiones familiares y sobre el uso de los recursos. El machismo es parte del sustrato cultural que permea en la sociedad migrante, tanto en los lugares de origen y destino, y que no se erradica fácilmente. Como efectos no esperados, pueden devenir abandono y divorcio.

Algunos miembros de la familia depuran su malestar con conductas que afectan la salud, como el alcoholismo, la drogadicción y la depresión. No todos estos problemas son imputables a la migración, sino más bien al estado de descomposición social prevaleciente en localidades en bancarrota, cuyo único derrotero parece ser la salida migratoria. Existen otras enfermedades que sí son transmitidas por los migrantes, al contraerlas en otras latitudes, tales como el VIH/SIDA y otras enfermedades venéreas, o enfermedades infecciosas, incluso de tipo epidémicas, que vulneran a los miembros de las familias y las comunidades en los lugares de origen, donde no existe infraestructura médica, clínica u hospitalaria para atenderlos. Las enfermedades también son conductuales, como problemas psicológicos y afectivos.

A nivel familiar y comunitario se ocasiona una fractura de los procesos de socialización local derivado del despoblamiento y de la desesperanza imperantes. Por ejemplo, en los pueblos con alta intensidad migratoria, acontece una descomposición de la pirámide poblacional, pues su franja intermedia, compuesta por la población joven, está rebajada, en tanto que los polos (infantes y ancianos) están abultados, además de que hay mayor presencia femenina y menor masculina.

La ausencia de jóvenes no sólo significa la pérdida del bono demográfico y la ausencia de fuerza de trabajo que eventualmente produciría el producto potencial, sino que también significa la pérdida de convivencialidad entre distintas capas de población, convivencialidad que significa estrecha-

miento de lazos afectivos, prácticas de solidaridad y comunidad, además de transmisión de saberes, conocimientos y aspiraciones. Hay una brecha generacional, que se traduce en décadas perdidas en términos de aprendizaje, convivencia y aspiraciones colectivas.

En términos sociopolíticos, la migración está asociada a la destrucción de sujetos sociales en los ámbitos de origen. El modelo excluyente está interesado en la emergencia de un sujeto mínimo y en el control político de los actores colectivos, como los sindicatos, gremios y organizaciones sociales. Los programas gubernamentales, de la nueva política social, cooptan a las organizaciones sociales de base, para garantizar la gobernabilidad local y la legitimidad política, pero sin promover cambios estructurales. En este sentido, la migración viene a complementar la erosión de la membrecía de las organizaciones sociales que pudieran encabezar formas de inconformidad y oposición, resistencia y rebelión. Por ejemplo, el movimiento campesino, representado por instancias como El Barzón y El Campo no Aguanta Más, el más activo en la país durante el modelo neoliberal, ha visto cómo el éxodo rural también afecta en la organización y movilización de organizaciones campesinas de base. Esto mismo ha afectado a movimientos más radicales, como el EZLN.

La ausencia de un agente colectivo que enarbole la transformación social a nivel nacional y local, esto es, cambios estructurales, institucionales y políticos es uno de los grandes problemas arraigados por el sistema de acumulación y poder, que le permite continuidad sin restricciones. Los migrantes han sido llamados como nuevos agentes del desarrollo, o “héroes del desarrollo”, como si pudiesen afrontar los grandes retos de ser agentes colectivos transformadores, pero en realidad se trata de una nueva vertiente de la “guerra contra la pobreza” basada en la activación de los recursos propios de los sujetos despojados y superexplotados, un supuesto capital social, en este caso las remesas. Es una alternativa falsa de desarrollo que tiene objetivos políticos no explícitos, tales como engrosar la base so-

cial de legitimación del régimen neoliberal y mantener la gobernabilidad en los ámbitos espaciales donde reina la exclusión, territorios que pudieran ser rebeldes o resistentes por necesidad.

El modelo neoliberal considera a los recursos naturales como un mero insumo productivo, así como la gente es un mera fuerza de trabajo desechable, que tiene que ser explotado, incluso depredado, a la mayor velocidad posible, sin importar el tiempo de renovación y reproducción de los ecosistemas. Con la migración rural, se pierde el contacto y control de los campesinos sobre la tierra y la biodiversidad. Con su actividad productiva, los campesinos contribuyen a la reproducción de los ecosistemas, aunque también a su depredación. Pero el abandono productivo y la mercantilización de los recursos naturales, contribuyen a la depredación del ambiente. La disolución del campesinado y de actores sociales vinculados significa no sólo la descomposición de un agente primordial para la reproducción de la vida humana, sino también de un agente que defiende el medio ambiente y que resiste las políticas neoliberales y capitalistas depredadoras. En su ausencia, el Estado y el capital no afrontan oposición sociopolítica para llevar hasta sus últimas consecuencias sus intereses clasistas de despojo y mercantilización.

Por añadidura, debemos de considerar que el medio ambiente de la humanidad, antes que la naturaleza, es la propia sociedad y su entorno inmediato, como la ciudad, el barrio, la colonia, el poblado, la ranchería, donde perviven relaciones sociales contradictorias (explotación, dominación, opresión y despojo), pero también relaciones vinculantes de cooperación y solidaridad.

Bajo la globalización neoliberal prevalecen formas de intercambio ecológico desigual que apuntan hacia el extractivismo de recursos naturales, como minerales, petróleo, gas y maderas, por las grandes corporaciones transnacionales, sobre territorios que pudieran ser bienes de la nación y bienes comunes. Mediante las estrategias de acumulación por despojo, se

transfieren estos bienes para las grandes corporaciones, sin importar el derrotero de comunidades y poblaciones enteras. Esta forma de intercambio se basa también en la explotación de trabajo barato y la depredación del medio ambiente, lo cual incluye contaminación, enfermedades, salarios magros, entre otros problemas sociales. A la postre, se produce la ruina de los habitantes despojados y se precipita también la migración. Migración y depredación ambiental conforman una espiral degradante del metabolismo sociedad-naturaleza, propia del capitalismo salvaje.

La mayoría de los estudiosos de la migración se dividen en dos vertientes analíticas: la visión optimista y la visión pesimista (o “círculo vicioso” y “círculo virtuoso”). En un caso se exalta los beneficios de la migración, principalmente la entrada de remesas familiares y colectivas; en el segundo se destaca los factores de atraso asociados a la migración. Este esquema tiene la limitación de que está centrado en la perspectiva unidireccional migración-desarrollo.

Una visión alternativa consiste en descifrar los saldos de la relación dialéctica entre desarrollo y migración, particularmente desde la perspectiva de los lugares, regiones y países exportadores de migrantes. Por mucho que se quiera valorar de manera equilibrada los costos y los beneficios de la migración, nuestra hipótesis principal es que los recursos provenientes de la migración, principalmente las remesas, no compensan las pérdidas sociales, económicas, políticas y culturales generadas no sólo por la estampida migratoria, como podría esperarse de un análisis atrincherado en los estudios migratorios, sino por las dinámicas estructurales y estratégicas que obran como causas de fondo. Desde la perspectiva crítica del desarrollo, conviene explorar si se producen o no cambios sustanciales que desemboquen en el mejoramiento sensible de las condiciones de vida y trabajo de la población.

La afluencia de remesas en los lugares de origen está derivando en una dependencia de dichos recursos para cubrir la subsistencia familiar, princi-

palmente. Esta dependencia no está asociada a una estrategia de diversificación de recursos (financieros, tecnológicos, naturales y humanos) en beneficio de la población, sino que está en consonancia con el ideario neoliberal que postula que la población empobrecida dispone de recursos propios, un inasequible capital social, para contrarrestar su propia situación de pobreza y detonar modalidades de desarrollo local. Claramente, el municipio no está preparado institucionalmente ni presupuestalmente para generar condiciones de desarrollo, bajo el esquema de “competitividad territorial” que orilla a los gobiernos locales a competir entre sí encarnizadamente y a ofrecer condiciones completamente favorables a la inversión extranjera, principalmente, en detrimento de la dotación de servicios y bienes públicos para la mayoría de la población, expuesta cada vez más a formas de precarización, exclusión social y pauperización. Bajo este esquema, la prioridad es garantizar un “clima favorable de negocios” (paz laboral, impuestos bajos, donaciones de terreno, construcción de infraestructura, desindustrialización y baratura de fuerza de trabajo) y no consecuentar el desarrollo humano sustentable o una modalidad afín. Esto en un escenario donde el Estado neoliberal se desentiende de la gestión del desarrollo nacional en beneficio de los intereses de las grandes corporaciones multinacionales, y al amparo de políticas como la descentralización que delega en los gobiernos locales la responsabilidad de activar procesos de desarrollo local, pero sin transferir recursos suficientes, además de que le interesa garantizar la gobernabilidad neoliberal pero sin promover el desarrollo, en este caso la migración juega el papel de válvula de escape y las remesas abonan a la subsistencia social. En estas circunstancias, el migrante es visto como un agente del desarrollo, cuando ni el Estado neoliberal ni el capital corporativo se interesan en detonar el desarrollo en esas zonas mayormente deprimidas.